

Estudios de
Asia y África

Estudios de Asia y África
ISSN: 0185-0164
reaa@colmex.mx
El Colegio de México, A.C.
México

Picallo Visconti, Ximena

Identidades narradas: las redes textuales del nacionalismo afrikáner
Estudios de Asia y África, vol. XXXVI, núm. 2, mayo-agosto, 2001, pp. 251-271
El Colegio de México, A.C.
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58636203>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

IDENTIDADES NARRADAS: LAS REDES TEXTUALES DEL NACIONALISMO AFRIKÁNER

XIMENA PICALLO VISCONTI

El Colegio de México

Locura colectiva. El *apartheid* fue un fenómeno de locura colectiva, sostiene el escritor sudafricano J. M. Coetzee.¹ Lejos está dicha observación de ser un simple arrebato o una mera simplificación del proceso histórico al que se está refiriendo, por el contrario, el autor trae a colación temas fundamentales de análisis como son las discusiones en torno a la construcción de la identidad y la nación. Pensar el *apartheid* y sus consecuencias políticas necesariamente implica analizar la identidad afrikáner, su construcción y cristalización en el fenómeno de la nación y la narración que ésta produjo.

El nacionalismo, mito unificador del siglo XX, es una de las ironías modernas más inteligentes. En su lucha anticolonialista envuelve una sutil forma de alienación. Cancela las individualidades dentro de la anatomía colectiva y construye imaginarios políticos y culturales que en el intento de unificación ahogan la diversidad. La “Nación Afrikáner” no escapa a estos procesos, por el contrario, se construye desde un objetivo primordial: el aislamiento. Las separaciones racial, cultural y política —la separación económica podrá observar “ciertas contemplaciones”— se tornan ejes fundamentales en la construcción de una identidad que a su vez nutre el proceso de creación de una nación, de alguna manera procesos paralelos y comple-

Este artículo fue recibido por la dirección de la revista el 17/10/2000 y aceptado para su publicación el 19/01/2001.

¹ Citado en Hyslop, Jonathan, “White Working-Class Women and the Invention of Apartheid: ‘Purified’ Afrikaner Nationalist Agitation for Legislation against ‘Mixed’ Marriages, 1934-1939”, en *Journal of African History*, vol. 36, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, p. 59.

mentarios que se concretan definitivamente cuando el poder del Estado cae en sus manos en 1948. Pero, a la vez, estos procesos de identificación no fluyen “esencialmente”—aunque los discursos utilizados sostengan lo contrario—ni se manifiestan lineales y puros, más bien están plagados de intersticios y negociaciones en la búsqueda y construcción de significantes y significados que los definen.² Todo discurso es portador de un contenido ideológico y proveedor de una forma y un lenguaje que expresan una determinada actitud hacia la realidad, por lo que estas narraciones nacionalistas de las que me ocuparé no sólo son un modo de representación de las condiciones materia-

² Los postulados aquí utilizados se sustentan en lo que dio en llamarse el análisis posmoderno de la narrativa; que ponen en cuestión, entre otros muchos temas, la noción de identidad como uniforme y contenida en sí misma. Este tipo de análisis, utilizando diversas estrategias, problematiza no sólo la idea de sujeto como una noción perfectamente definida y describida, sino que también llama la atención sobre el problema del objeto de conocimiento —la realidad— como algo que pudiera ser posible aprehender completamente, conocer totalmente. La identidad, como la noción de realidad, será sistemáticamente cuestionada, desde la noción de constructo, de manera tal de desestimar la característica de elemento dado que muchas veces se le ha asignado. Para localizar los orígenes de estos planteamientos, quizás sea necesario remontarnos a la noción de Signo que propone Saussure, a la que hemos hecho referencia. Según este modelo, Significante (sonido o palabra) y Significado (concepto o imagen mental) se establecen en una relación unívoca en la que ambos se relacionan intrínsecamente. Y el Signo se corresponde, asimismo, con una realidad exterior a éste que se llamará el Referente, el objeto real. Críticas posteriores, respaldadas principalmente por la revisión de la teoría freudiana del psicoanálisis llevada a cabo por Lacan, perciben, sin embargo, cierta disfunción en la estructura introducida por Saussure. La aparición del subconsciente supone un acontecimiento absolutamente revolucionario puesto que sugiere que desde este momento no es posible aceptar la idea de un sujeto coherente y transparente. Lo que nos queda entonces es el llamado sujeto escindido, una personalidad llena de contradicciones, poliforme y multidimensional. Lacan explicará que, aunque el significado se origina por un proceso de diferenciación, se produce un constante deslizamiento entre significante y significado y, por lo tanto, la relación ideal que los unía se vuelve imperfecta e incluso traicionera. Así, el lacaniano Orden Simbólico, en el cual el sujeto tiene que inscribirse para convertirse en sujeto como tal, resulta ser el único sistema o estructura en la cual dicho sujeto es susceptible de ser entendido: es en el lenguaje y por medio de éste donde el sujeto es concebible. Así, el significante es lo que constituye al sujeto: éste habita única e irremediablemente en el discurso. Es por esta razón que las nociones de identidad y de sujeto, entendidas como realidades exteriores e independientes del lenguaje, son puestas en duda permanentemente desde el análisis del posmodernismo. Existen textos, como pueden ser los referentes a la historiografía nacionalista, claramente conscientes de la necesidad de establecer cierto discurso en donde la identidad aparece como una fragmentada recolección de experiencias que sólo cobra significado cuando se inscribe de alguna manera. Y esta inscripción no tiene fin, es interminable; el sujeto siempre está en proceso de construcción con el fin de definir una identidad propia.

les de existencia que refleja una conciencia histórica determinada, sino que también se producen en coyunturas históricas y políticas particulares. El poder, tomando las ideas de Roland Barthes, está agazapado en todo discurso y a través de la lengua, objeto ideológico por excelencia, sujeta y opriime. No vemos el poder en la lengua porque olvidamos que toda lengua es una clasificación, y que toda clasificación es opresiva. Por su estructura misma, la lengua implica una fatal relación de alienación. Hablar no es comunicar, sino sujetar: toda lengua es una acción rectora generalizada. Y todo discurso se sustenta en el código establecido por la lengua, sus estructuras, sus premisas ideológicas y obviamente, sus ataduras.³ Analizar los discursos producidos por el nacionalismo afrikáner y su cristalización en la “Gran Narración de la Nación” es una de las brechas posibles desde dónde “penetrar” la conformación de la identidad afrikáner. Para este análisis tendrá en cuenta la propuesta de Stuart Hall en relación con la identidad cultural. Hall plantea que ésta es tanto un “devenir” como un “ser”. No es algo que ya existe ubicado en algún “pasado esencializado”, que trasciende el lugar, el tiempo, la historia y la cultura, sino que está sujeta a constantes transformaciones relacionadas con el juego continuo de la historia, la cultura y el poder.⁴ Los intentos por definir y delimitar determinada identidad nos obligan inevitablemente a pensar en la artificiosidad de tales artilugios, que resultan ser no sólo reductivos, sino también peligrosamente clasificatorios.

El discurso nacionalista alude a un principio de “creación” que legitima derechos y compromisos comunes, que alimenta el sentimiento “esencialista” de unidad primigenia y que, en el caso de los afrikáners, sostiene la legitimidad de un “pueblo elegido por una divinidad”. La comunidad afrikáner, como lo plantea Brian Bunting, considera el nacimiento de su nación en 1652 cuando la *Dutch East India Company* envió a Jan van Riebeeck a establecer un puesto en El Cabo.⁵ Lejos estaba este

³ Roland Barthes, *El placer del texto y Lección inaugural*, Siglo XXI Editores, México, 1998, pp. 115-119.

⁴ Stuart Hall, “Cultural Identity and Diaspora”, en Mongia, Padmini (ed.), *Contemporary Postcolonial Theory*, Arnold, Londres y Nueva York, 1997, p. 112.

⁵ Brian Bunting, *The Rise of the South African Reich*, Penguin Books, Gran Bretaña, 1969, p. 9.

grupo de colonos de ser una “nación”, pero podemos sostener que el proceso comienza por estas fechas, o quizá más importante al evento histórico en sí sea que éste representa en el imaginario colectivo afrikáner el “principio”, y desde él se legitima y centraliza el discurso de pertenencia y derecho. No es sino hasta siglos después que podemos considerar a la comunidad afrikáner dentro de un sistema pensado por ellos mismos como nación, pero en la construcción de la narrativa nacionalista, posterior a los eventos citados, estos hechos se tornan centrales y “fundacionales”. Para esta discusión es atinada la observación que Benedict Anderson le hace a Ernest Gellner cuando le replica que todas las comunidades son imaginadas y que no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con el que son imaginadas.⁶ Por lo tanto, también podemos sostener que lo que hace “históricos” a ciertos eventos o figuras tiene que ver no fundamentalmente con su veracidad espacio-temporal, sino con determinada trascendencia en cuanto al desarrollo posterior de los acontecimientos de un grupo social. El carácter histórico de una figura o un evento, dentro de las narraciones nacionalistas, no sólo radica en que su existencia o acontecer afecte las relaciones y el posterior desarrollo de los acontecimientos sociales, políticos, económicos o culturales de un grupo social, sino también en el hecho de que tales acontecimientos o figuras históricas son “discursivados”, documentados e incorporados a la historiografía nacionalista oficial que le confiere cierta trascendentalidad, y, por lo tanto, pasan a formar parte del conocimiento colectivo. A su vez, la trascendencia histórica de un evento o figura puede ser el resultado de la misma actividad historiográfica que los historiza y les confiere trascendencia.

Benedict Anderson sostiene que desde la Segunda Guerra Mundial toda revolución triunfante se ha definido en términos nacionales, y de esta manera se ha arraigado firmemente en un espacio territorial y social heredado del pasado prerrevolucionario.⁷ El desarrollo de Anderson relacionado con la construc-

⁶ Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p. 24.

⁷ Anderson, *op. cit.*, p. 21.

ción de una nación o “comunidad imaginada”, como él sostiene, puede aplicarse al proceso de construcción y consolidación de la Nación Afrikáner, y si bien la Segunda Guerra Mundial se encuentra aún distante teórica y prácticamente de este hecho histórico que los afrikáners piensan como el principio de su nación, no debemos quitarle legitimidad ya que éste pudo pensarse, tiempo después, como el “hito primigenio y simbólico” necesario para la construcción de un discurso nacionalista y por ende para la unificación de esta comunidad primera.

Continuando con los postulados teóricos de Anderson respecto al nacionalismo, el autor parte de la premisa de que la nacionalidad o la “calidad de nación”, al igual que el nacionalismo, son artefactos culturales que han cambiado sus significados a través del tiempo y que en la actualidad poseen una legitimidad emocional profunda. La nación, como lo plantea el autor, es entonces tanto una comunidad política imaginada como también inherentemente limitada y soberana. Es imaginada porque en la mente de cada uno de los miembros de esa comunidad vive la imagen de una comunión, ya que la esencia de una nación está en que todos los individuos tengan muchos puntos en común y también en que todos hayan olvidado muchos otros.⁸ La nación, entonces, es un acto de creación, ni falso ni verdadero, simplemente diferente según las sociedades. Dicha creación implica la construcción de una comunidad homogénea que se reconoce en un “nosotros” imaginado, compuesto y vivido como real bajo las representaciones simbólicas que la comunidad ha elaborado para distinguirse como grupo y diferenciarse de los “otros”. Por lo tanto, una de las temáticas principales para la discusión es la que implica una interrogación a las estrategias narrativas por las cuales una comunidad adquiere constructividad dentro de una nación y a las estrategias que son utilizadas en la construcción y reconstrucción de la narración nacionalista que la conforma. Es decir, una relectura crítica y desmitificadora del pasado mediante las narraciones que se han conformado como “la Historia” y que han diluido las discusiones sobre el carácter ficticio de todo texto y sobre la reconstrucción del pasado representado, características implícitas en toda narración nacionalista. Estas

⁸ Anderson, *op. cit.*, p. 23.

narraciones son, particularmente, aquellas que están basadas en las versiones oficiales del acontecer histórico, las que recuperan el pasado de los “tiempos gloriosos” e implican una selección ideológica de qué tipo de pasado se está recuperando, para ser construidas como instrumentos políticos de un grupo particular.

Volviendo a lo expuesto por Bunting, nos encontramos con que el asentamiento de 1652 no tenía como primera intención establecerse como una colonia permanente, sino como un puesto en el camino a las Indias, pero este asentamiento, finalmente, se desarrolló como colonia y fue determinado por dos características principales que implicaban una unidad entre los miembros de la comunidad: la hostilidad entre los holandeses y los habitantes indígenas y el conflicto entre los colonos y la compañía, fundamentalmente por la competencia con el comercio. Los colonos se sentían amenazados desde dos flancos, la compañía y los habitantes locales, que en un principio resistían la intrusión de los blancos.⁹ Estas amenazas constituyeron, también, un primer factor de unidad y de proyecto común: la primacía en el territorio. Ante este asentamiento heterogéneo que estamos tratando comienzan a surgir los primeros indicios de unidad necesaria, como lo ha planteado Anderson, para una posterior identificación de comunidad. Asimismo, el pasado representado en la posterior construcción narrativa de la nación se comienza a centrar en aquello que tuvo una repercusión directa en el acontecer y futuro desarrollo del devenir histórico. El procedimiento narrativo utilizado es el que incorpora el pasado no como un mero recuerdo, sino que por el contrario, este pasado, recuperado por la historiografía nacionalista, tiene una preeminencia fundamental y cumple el papel de determinar la manera en que la narración histórica construye y reconstruye la comunidad afrikáner. En la narrativa nacionalista la perspectiva del presente desde el cual se narra el pasado histórico se manifiesta en la selección e interpretación del momento histórico que va a ser narrado, así como en el modo de su representación. Además, esta perspectiva desde la cual se recupera el pasado es definitivamente ideológica, a pe-

⁹ Bunting, *op. cit.*, p. 9.

sar de que asume una pretendida posición de neutralidad en sus representaciones.

Después de 100 años, según expone Bunting, encontramos que estos colonos habitan de manera solitaria estas tierras con dominio total sobre los habitantes locales a los que de una u otra forma habían esclavizado. En este ambiente irrumpen dos factores que desestabilizan su modo de vida, en primer lugar, el encuentro con los pueblos de cultura bantú y en segundo, la ocupación de El Cabo por la Corona británica en 1795 como resultado de las guerras napoleónicas. El antiguo resentimiento y la resistencia de los colonos holandeses hacia la “interferencia” de la compañía se volvía a repetir, pero esta vez era contra los británicos que representaban al colonialismo extranjero, pero también contra estos nuevos africanos con los que se encontraban.¹⁰ Es interesante en este punto reflexionar sobre el artículo de Brian Du Toit en el que el autor deliberadamente manipula los eventos históricos de este proceso con el fin de vanagloriar y legitimar la posición afrikáner y su derecho a habitar esas tierras. Du Toit intenta explicar las condiciones políticas y culturales que influyeron en la aparición de los afrikáners y las condiciones sociohistóricas que permitieron la diferenciación étnica y la separación geográfica como, cínicamente, nombra a la posterior política del *apartheid*. Es por ellos que ante el hecho citado anteriormente del encuentro con los pueblos de cultura bantú, Du Toit se refiere al enfrentamiento que los afrikáners tuvieron con los *migrantes* (las itálicas son mías) de habla bantú.¹¹ La sutil referencia de este autor consolida el discurso de pertenencia primigenia que los afrikáners sostienen ante este territorio. Según Du Toit, éstos profesan una profunda lealtad al territorio, ya que constituía el país con el cual podían identificarse y al que reconocían como su “hogar”. De la misma manera, Du Toit resalta los enfrentamientos de esta comunidad, que confusamente ya califica de nación, primero con la administración de la Dutch East Indies Company y después con los extranjeros, refiriéndose con claridad a la administración británica. Para Du Toit, es

¹⁰ Bunting, *op. cit.*, p. 10.

¹¹ Du Toit, Brian, “Afrikaners, Nationalism, and Apartheid”, en *The Journal of Modern African Studies*, Cambridge, Cambridge University Press, 8 (4), 1970, p. 534.

por este tiempo durante el cual la idea de una cultura y un lenguaje distintivos comenzó a emergir en la comunidad afrikáner, definida por aquellos que se identificaban con la lengua afrikaans, a pesar de la heterogeneidad que el autor reconoce tenía aún este grupo lingüístico. Es en esta atmósfera de “nacionalismo creciente”, como lo denomina Du Toit, que irrumpen la administración británica.¹² No son inocentes las referencias que el autor hace a este proceso, en donde los protagonistas se tornan los mártires oprimidos por un poder colonial que los subordina y les niega sus derechos con el fin de eliminarlos. La oposición binaria manejada en este discurso es aquella que utiliza la narrativa nacionalista afrikáner y que ubica a sus protagonistas en una dimensión histórica que subordina la vida privada al acontecer nacionalista que debe ser representado. Es decir, el *Great Trek* se vuelve inevitable y primordial para mantener la “esencia de la comunidad” y desempeña, por lo tanto, un papel estructural dentro de esta narrativa. Es en este sentido en el que el desarrollo de la secuencia temporal del acontecer histórico y la secuencia temporal de la vida privada mantienen una relación de interdependencia, por lo que lo individual se subordina a lo colectivo.

El *Great Trek*, tropo histórico fundamental en el imaginario heroico afrikáner, tuvo varias causas, pero una de las principales fue la resistencia a las políticas británicas junto al deseo de autonomía. Este evento adquiere las características de la épica clásica tradicional a través de los rasgos sagrados y heroicos asignados al evento, y por lo tanto, conforma el mito heroico de la narración nacionalista afrikáner en su lucha “anticolonialista” contra el poder británico. La “metaforización” heroica, divina y martirizada del evento es la que permite la construcción de un destino común y por ende representa el hecho de manera tal que puede ser incluido en la narración nacionalista. El acento se vuelca en la característica de pueblo “elegido”, martirizado y condenado a la estancia extrema de opresión en la que se hallaban los afrikáners por las normas extranjeras. Los afrikáners del *Great Trek* se convierten en el símbolo de un levantamiento hacia las reglas coloniales de forma que estos

¹² Du Toit, *op. cit.*, pp. 532-534.

nuevos “mártires” ingresen a la narrativa nacionalista. El *Great Trek* es, fundamentalmente, una de las metáforas principales de los nacionalistas afrikáners que han tipificado y construido una narración histórica y heroica con pretensiones de “Verdad”. La creencia en la Verdad (con mayúscula) es la premisa fundamental para validar la objetividad del conocimiento. Y esta prendida objetividad no es sino otra de las creaciones de Occidente para sustentar la legitimidad de todas sus invenciones.

Las nuevas repúblicas denominadas Orange Free State y Transvaal, de acuerdo con lo expuesto por Bunting, les permitieron a los holandeses mantener su viejo estilo de vida. Estas repúblicas *bóers* raramente estuvieron libres de la intervención británica hasta fines del siglo XIX, cuando los constantes enfrentamientos derivaron en la anexión del Transvaal. Los afrikáners recuerdan hoy día esta fecha de 1880 como la Primera Guerra de Independencia que resultó en la restauración del territorio al control *bóer*. Pero esta situación duró muy poco, ya que en cuanto se descubrieron los primeros yacimientos de oro en 1885 la actitud imperialista hacia Sudáfrica se transformó, debido a los beneficios que ésta prometía. La guerra fue inevitable y la independencia *bóer* incompatible con las ambiciones imperialistas británicas en Sudáfrica. Todo por lo que ellos habían luchado estaba en peligro, su libertad, su lenguaje, su posición, su supremacía racial, su existencia independiente como “pueblo” con un derecho divino.¹³ La llamada guerra “Anglo-Bóer” fue incorporada al discurso de la nación como un evento de lucha contra el colonialismo. Nuevamente el mito “martirizante” se afianza en las narraciones posteriores y es utilizado, también, como prueba de legitimidad en el territorio que les había sido despojado y les pertenecía por derecho “divino”.¹⁴ El tema de la memoria ingresa inevitablemente a esta discusión. La saga de los conflictos nacionalistas, siguiendo las ideas expuestas por Shahid Amin en su obra sobre el conflicto de Chauri Chaura, es construida alrededor de la ren-

¹³ Bunting, *op. cit.*, pp. 11-12.

¹⁴ No es inocente el proceso de mitificación que afecta a estos eventos históricos, ya que el mito puede entenderse como un modo de significación que tiene una doble función: asignar y notificar, pero también hacer comprender e imponer.

rración de ciertos eventos, conocidos y memorables, que son elaborados sobre hechos heroicos que presuponen el triunfo del bien sobre el mal. La renarración de ciertos eventos, como así también los nuevos matices que el discurso nacionalista les proporciona contribuyen y reafirman la organización, la unidad, la disciplina y la moralidad del nacionalismo público.¹⁵ Por lo tanto, se podría decir que no sólo el propósito de las narrativas nacionalistas es recuperar un determinado pasado y de una determinada manera, sino que también éstas están condicionadas por el presente desde el cual se las produce. El hecho de manipular y construir un pasado está condicionado por la coyuntura sociohistórica del presente en el que se lo produce y responde a la tendencia de una comunidad y sus individuos de reconocerse en “grandes” eventos y buscar una definición de la propia identidad que no pueda ser cuestionada.

Después de las primeras victorias británicas hubo un tiempo de guerrillas bajo el liderazgo de J. C. Smuts, Louis Botha y el general Hertzog, hasta que se llegó a la firma de la Paz de Vereeniging. La ocupación de Free State y Transvaal, como lo plantea Bunting, se dio con la destrucción de las comunidades bóers que formalmente la habitaban y el evento fue descrito internacionalmente como un genocidio. Según los británicos, las repúblicas bóers eran consideradas como un anacronismo para el siglo xx, ya que su modo de gobierno era incapaz de adaptarse a los requerimientos de la era de la maquinaria y su código de conducta era incompatible con la filosofía liberal del capitalismo moderno. Después de esta derrota, el gobierno general británico de Alfred Milner empujó a un imperialismo lingüístico y muchos de los afrikáners todavía hoy recuerdan que era penado y motivo de humillación hablar su lengua nativa. El Tratado de Vereeniging aseguraba la enseñanza de ambas lenguas de acuerdo con las necesidades de los alumnos, pero esto en la práctica no era llevado a cabo.¹⁶ Para los considerados “verdaderos nacionalistas” afrikáners acomodarse a las políticas de Milner era imposible, ya que implicaba como fue

¹⁵ Shahid Amin, *Event, Metaphor, Memory. Chauri Chaura 1922-1992*, University of California Press, Berkeley, 1995, p. 102.

¹⁶ Bunting, *op. cit.*, p. 12.

señalado en la Carta Abierta de la *Gennostkap van Retge Afrikaners* (Asociación de Verdaderos Afrikáners), una traición al “ser afrikáner”. Esta carta, citada por Du Toit, señala que hay tres tipos de afrikáners: “[...] hay afrikáners con corazón inglés. Hay afrikáners con corazón holandés. Y hay afrikáners con corazón afrikáner. A este último grupo es al que llamamos los verdaderos afrikáners y a quienes invitamos a unirse a nosotros”¹⁷ [la traducción es mía]. Como se dijo anteriormente, la necesidad de conformar el “nosotros” conlleva a una diferenciación con los “otros”, por lo que el enfrentamiento contra la administración británica fue un hecho decisivo en la construcción de la propia identidad. Las políticas lingüísticas fueron fundamentales en este proceso, ya que la defensa del afrikaans se tornó en la defensa de la naciente comunidad afrikáner. Surge, por ejemplo, la *Afrikaanse Taalvereniging* (Asociación de la Lengua Afrikaans) fundada con el fin de preservar y alimentar el “alma” de la nación afrikáner. Este tipo de organizaciones fue fundado en toda Sudáfrica con el objetivo central de preservar el idioma afrikaans e impulsar un movimiento basado en el lenguaje. Du Toit considera que la forma de vida de los *Uitlanders*, o extranjeros, contrastaba de manera importante con la forma de vida religiosa y fundamentalmente rural de los afrikáners, y este enfrentamiento sumado a las que el autor considera presiones políticas y culturales de los británicos despertó e incentivó los ideales afrikáners de un desarrollo nacionalista, asentados en primera instancia en la preservación de una cultura propia que se manifestaba en la defensa de la lengua.¹⁸ Este tipo de posicionamiento muestra el papel fundamental que desempeña el lenguaje. Su función también radica en establecer fronteras y convenciones necesarias que contribuyan a la construcción de una noción de identidad. Pero también, tomando lenguaje como habla para pensarlo en su sentido “discursivo” y actuante, éste se nos presenta como el espacio desde el cual somos interpretados; el espacio de la narrativa por el cual nuestra identidad es capturada, enmarcada y redefinida. Por medio de

¹⁷ Du Toit, *op. cit.*, p. 536.

¹⁸ Du Toit, *op. cit.*, p. 535.

este proceso generador de significado, la identidad se construye dentro de la discursividad del texto, y como inscripción define y ubica, pero a la vez contribuye a la desaparición del sujeto individual en pos de uno colectivo que habita en la realidad del texto mismo. El sujeto nacional, por lo tanto, no está dado, sino que está construido por el significante y sólo mediante su inscripción en el discurso alcanza sentido. Sin duda, en el proceso de narración que lleva a cabo la narrativa nacionalista de los hechos y eventos históricos está implicado el concepto de "Historia" como construcción discursiva cuya narrativa se elabora desde una perspectiva cultural e ideológica determinada, con base en hechos registrados como reales. Al aludir a la documentación de los hechos históricos no me refiero necesariamente a que por el simple hecho de estar documentados los eventos o sucesos éstos hayan acaecido como se estipula en el documento, o que su documentación implique un alto grado de veracidad. Más bien, lo que quiero señalar es que, como lo plantea Fredric Jameson, la "Historia" es inaccesible excepto en la forma textual, es decir, sólo se tiene acceso a ella por medio de previas (re)textualizaciones,¹⁹ por lo que un rasgo fundamental de la narrativa nacionalista es que trabaja sobre un pasado histórico documentado (discursivado en los textos producidos por los historiadores, en los documentos mismos y en versiones orales de testigos o participantes) e inscrito en la memoria colectiva.

Smuts y Botha, siguiendo con las ideas de Bunting, se habían acomodado a los británicos y, por el otro lado, Hertzog representaba el nacionalismo más recalcitrante y el resentimiento al "extranjero". La tendencia británica hacia una fusión de culturas y una sociedad integrada era, fundamentalmente, una de las políticas que Hertzog no podía soportar ni admitir. La clave del nacionalismo afrikáner, sostenido por Hertzog, era el aislamiento, tanto de lo "africanos" como de los británicos. A diferencia de él, Smuts y Botha, con sus seguidores, se habían adaptado a los británicos y pensaban la creación de una unidad en Sudáfrica en donde *bóers* y británicos encontraran

¹⁹ Fredric Jameson, *The Political Unconscious Narrative as Socially Symbolic Act*, Cornell University Press, Ithaca, 1981, p. 82.

la igualdad.²⁰ En la narración nacionalista afrikáner se los consideró como traidores a la causa por su orientación probritánica. De la misma manera que, como vimos anteriormente, los sujetos pertenecientes al evento histórico del *Great Trek* ingresaron a la narración nacionalista como mártires y héroes, estos nuevos actores representan, de alguna manera, la oposición necesaria para que un héroe se engrandezca: el surgimiento del traidor; con lo cual la figura de Hertzog, por extensión, también encarna al héroe (por lo menos en este momento histórico, ya que luego ésta será subvertida). Hertzog no creía en las políticas de unificación propuestas por Botha, ya que consideraba que esto significaba subordinarse a los ingleses y perder el sueño de un estado y una nación propias, prácticamente una vida en el “exilio”. Dichos enfrentamientos provocaron el rompimiento entre estas dos facciones e implicó una fractura en la *Afrikanerdom*. De esta manera, Hertzog —legitimado y sublimado desde la narración nacionalista por la purificación que implicaba la separación de los traidores— dirige su facción a crear un nuevo partido, el *National Party*, que conforma sus principios sobre las líneas cristianas y nacionales oponiéndose al colonialismo inglés representado en la formación de la Unión de 1910. Los dos pilares en los cuales el partido se apoyaba eran el *apartheid* entre los ingleses y los sudafricanos blancos hablantes de afrikaans y el *apartheid* entre sudafricanos blancos y negros.²¹ En este clima de tensiones y enfrentamientos no sólo con los británicos, sino también con aquellos que se erigen como traidores a la causa, representados principalmente en las figuras de Smuts y Botha, nace el *National Party*, como refugio de aquellos que se identificaban como los “verdaderos afrikáners” y clamaban el derecho único ante Sudáfrica, su verdadero “hogar”. La noción de exilio, utilizada poco antes, implica estar fuera del “hogar”, entendido éste como los variados espacios que definen la identidad y delimitan los espacios culturales, sociales y políticos. Estos espacios identificados como el “hogar” incorporan la noción de “pertener”. Pero la noción de “hogar” también implica la delimitación de fron-

²⁰ Bunting, *op. cit.*, p. 20.

²¹ Bunting, *op. cit.*, p. 21.

teras en virtud de exclusiones y del establecimiento de una línea divisoria que ubica a los individuos o grupos en una posición hegemónica de pertenencia al “hogar”, o los ubica fuera en una posición de no pertenencia, de marginalidad o de exilio. El discurso manejado en este proceso era justamente aquél que clamaba por la pertenencia de un “hogar” y lo hacía desde una postura que manipulaba el concepto de exilio, como práctica no sólo impuesta por el poder “colonial”, sino también autoimpuesta con el fin de preservar la pureza de la comunidad. La noción de “hogar” aquí utilizada es la que vincula la narración nacionalista con la exclusión. La narrativa nacionalista es la productora del sentido de “pertener” de forma tal que también se vuelve divisiva al producir fronteras que distinguen la colectividad y lo que se encuentra fuera de ella.

Una organización clave para el espíritu nacionalista afrikáner fue la *Afrikaner Broederbond*²² que gradualmente asumió una posición dominante en las relaciones del *volk*. Su modo general de operación fue coordinar las actividades entre los afrikáners y asegurar que los *Broders* se ubicasesen en posiciones clave en el gobierno que pudieran ser utilizadas en su beneficio. La *Broederbond*, de acuerdo con lo planteado por Nigel Worden, participó activamente en las decisiones del gobierno, antes y después de que los afrikáners obtuvieran el poder gubernamental, ya que sus miembros se hallaban ubicados en puestos estratégicos, por lo cual las prácticas de segregación podían intensificarse.²³

²² La *Broederbond* fue una sociedad secreta de élite formada en 1918 que se volvió clandestina a partir de 1924. La pertenencia a esta sociedad estaba restringida a hombres blancos que hablaban afrikaans y defendían los valores de la comunidad afrikáner. Su filosofía se centraba en la separación de las razas. Estaban organizados bajo el sistema y filosofía nazi. Los ideales de esta organización consistían en la independencia de Sudáfrica, el fin de la inferioridad de todos los afrikáners y su lenguaje en las organizaciones del Estado, la separación de las razas no blancas en Sudáfrica, el fin a la explotación de los recursos y la población por extranjeros, la rehabilitación de las comunidades agrarias y el seguro de apoyo al trabajo de los ciudadanos blancos, la nacionalización del mercado monetario y la sistemática coordinación de las políticas económicas, la “afikanerización” de la vida pública y la enseñanza, y la educación en un espíritu cristiano y nacional.

²³ Worden, Nigel, *The Making of Modern South Africa. Conquest, Segregation and Apartheid*, Cambridge, Massachusetts, Blackwell, 1994, p. 109.

El espíritu épico del *Gran Trek* era alimentado por esta organización, lo cual implicaba sustentar y afianzar los ideales de separación racial, cultural y política para asegurar la pureza de la comunidad afrikáner. Mencioné anteriormente que el *Great Trek* adquiría sesgos de la época clásica al ingresar en la narrativa nacionalista, pero aquí vale hacer una distinción en relación con el tiempo histórico que se utiliza. En la narrativa nacionalista la representación del pasado no implica sólo recordar, más aún, el pasado representado tiene conexión con el presente desde el cual se produce la narrativa en cuestión. Por esta razón, el pasado histórico que emplea la narración no pertenece a un pasado ajeno o concluido como en la época clásica, pero sí alude a las características épicas de un pasado ideal y sagrado. Por el contrario, el tiempo pasado reconstruido en las narraciones nacionalistas es un tiempo “histórico” en el sentido en que es un pasado contemporizado, inconcluso y en proceso de hacerse que se conecta con el presente también inconcluso, como sugiere Mijail Bajtín.²⁴ Siguiendo la noción de *cronotropo*²⁵ propuesta por este autor, se puede decir que en las narrativas nacionalistas predomina el cronotropo temporal-histórico. En estas narrativas el tiempo se torna doblemente histórico. Por un lado, en el sentido que le da Bajtín, el tiempo es histórico porque es “real” y concreto, y en él las divisiones temporales (lo que fue, lo que es y lo que será, el antes y el después) son sustantivas. Por otro lado, el tiempo de lo narrado es histórico simplemente porque pertenece al pasado histórico.²⁶ Es decir, en las narrativas nacionalistas la relación tiempo-espacio no es abstracta, sino histórica y geográficamente concreta y “real” para el imaginario colectivo. La relación espacio-tiempo de estas narrativas está históricamente localizada, participa de la secuencia y del fluir del tiempo marcado por el “antes” y “después” del tiempo histórico evocado. Con esto se indica que la narración nacionalista en cuanto texto es una construcción dis-

²⁴ Mijail Bajtín, *The Dialogic Imagination: Four Essays*, University of Texas Press, Austin, 1984, p. 30.

²⁵ Bajtín define cronotropo (literalmente espacio-tiempo) como la conexión intrínseca de las relaciones temporales y espaciales expresadas en una narración. La noción de cronotropo expresa la inseparabilidad del espacio y el tiempo.

²⁶ Bajtín, *op. cit.*, p. 246.

cursiva que implica seleccionar, interpretar y elaborar dicha narración y los elementos que la constituyen, de tal manera que adquiera el sentido para el cual fue producida.

El *National Party*, según lo plantea Bunting, comenzó a ganar terreno con el electorado fundamentalmente por el papel que asumió de defensor de los derechos de los trabajadores blancos. En 1924, Smuts decidió llamar a elecciones generales y el *National Party* obtuvo un resultado satisfactorio por el que el general Hertzog se volvió Primer Ministro. El advenimiento del *National Party* al poder satisfizo y aumentó el ego de los afrikáners. En este contexto, Hertzog entró en negociaciones con Smuts para crear una nueva coalición que derivó en el *United Party*. La coalición respondía a la necesidad táctica de paliar la crisis por la cual el país estaba pasando, pero la fusión fue la destrucción del *National Party* y de los sueños afrikáners de una supremacía del *Afrikanerdom*, ya que implicaba crear una nación blanca sólo en unidad con los hablantes de inglés. La sección dura del *National Party*, que mantenía el ideal de un nacionalismo “purificado”, liderada ahora por Daniel François Malan refutaba la fusión propuesta por Hertzog, quien ahora era visto como traidor a la causa y oportunista por su coalición política con Smuts, por lo que el carácter del *National Party* sufrió considerables cambios, se volvió más agresivo, más exclusivo y puso mayor atención a las actividades extraparlamentarias, no sólo en la esfera política, sino también en la social y económica, dedicándose al desarrollo de los afrikáners desde la cultura, el deporte, el comercio y la industria para mejorar la calidad de vida de los blancos pobres.²⁷

Jonathan Hyslop analiza en su artículo los discursos populistas utilizados por Malan, quien apelaba a movilizar a las clases trabajadoras blancas y a la pequeña burguesía urbana. Sus propuestas, sustentadas en la manipulación del discurso patriarcal afrikáner, se basaban en la dignidad y el autorrespeto y prevenían la mezcla de razas que llevaría a la decadencia moral de la comunidad. Este tipo de discurso encontró eco en sus receptores, ya que iba acompañado de una propuesta que

²⁷ Bunting, *op. cit.*, pp. 30-43.

aseguraba el avance social de las clases blancas pobres.²⁸ De la misma manera, estos discursos se validaban desde la narración nacionalista ya manipulada con fines políticos por el *National Party*, que quizá pueda ser pensado como su narrador omnisciente. La construcción de todo discurso nacionalista es generalmente la que avala los dispositivos de funcionamiento y representación de esa nación, y el *National Party*, como institución política abanderada de la “Nación Afrikáner” fue parte activa en la inscripción nacionalista que validaba una identidad en términos estáticos. Al parafrasear a Edward Said, me estoy refiriendo al llamado proceso por el cual uno es definido por la nación, aquel que a su vez deriva su autoridad de una tradición supuestamente intacta,²⁹ que por lo tanto, refuerza la centralidad de la nación en la definición de las identidades. En síntesis, la narrativa nacionalista puede pensarse como el discurso historiográfico que legitima el poder y asume una posición de legitimación o cuestionamiento del discurso hegemónico (de acuerdo con su posición ante el poder) respaldado por el discurso historiográfico, representado en este caso por la narrativa nacionalista.

Los esfuerzos del *National Party* apuntalados por la *Broederbond* comenzaron a dar frutos. El partido se había vuelto sólido y unido comparado al *United Party*. Los nacionalistas planteaban una república separada de los británicos, independiente del poder extranjero y basada en la cultura afrikáner. Durante el periodo de gobierno de Smuts la fuerza de trabajo “no blanca” había aumentado y la competencia entre blancos pobres y “no blancos” se incrementó, por lo que se empezó a crear una variedad de problemas sociales relacionados con este tema, situación que el *National Party* utilizaba como programa electoral. El *apartheid*, propuesto por los nacionalistas, aparecía como la única forma de salvar al país de la degeneración, al instaurar la supremacía blanca. Integración o *apartheid* era el lema que determinó los votos de 1948 y finalmente le concedió la victoria al *National Party*.³⁰ El *apartheid* se consti-

²⁸ Hyslop, *op. cit.*, pp. 66-67.

²⁹ Edward Said, *Culture and Imperialism*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1993, p. xxv.

³⁰ Bunting, *op. cit.*, pp. 79-130.

tuyó en un sistema complejo y contradictorio que atravesó los discursos y prácticas no sólo económicas y políticas de los sudafricanos, sino también los discursos culturales que legitimaron la construcción de una narrativa nacional basada en la supremacía de la ya creada comunidad afrikáner. Para ello el gobierno nacionalista estableció las leyes básicas del *apartheid*, que fragmentaban la población y al mismo tiempo, afianzaban al *Afrikanerdom* como grupo nacional dominante. La narrativa nacionalista afrikáner hizo hincapié en el control total de las mentes para de este modo afianzar y legitimar el proyecto del Estado. El proceso de la afrikanerización del Estado ocurrido fundamentalmente después de la victoria del *National Party* en 1948 estableció la cristalización en éste de los discursos nacionalistas construidos por la *Afrikanerdom*.

Annette Seegers analiza el proceso de afrikanerización del Estado y considera que, a pesar de que la *Afrikanerdom* no es una entidad monolítica, para ser miembro de la élite burocrática era necesario tener padres afrikáners, hablar afrikaans, asistir a escuelas y universidades afrikáners y ser miembro de la Iglesia Reformada Holandesa. Esta autora considera cuatro puntos centrales en la conformación de la identidad afrikáner, los cuales desenfatizan la autonomía y crean grupos influyentes como forma también de sustentar la ideología del *apartheid* y sus procesos de inclusión y exclusión: la familia, los discursos manejados, la religión y la educación. La familia, como lo apunta Seegers, es una unidad fuerte y ordenada dentro de la cual los hombres son las figuras patriarciales, la disciplina es severa y los jóvenes deben siempre respeto a sus mayores. A la mujer afrikáner se la representa con la imagen ideal de la esposa y la madre, y a pesar de que ha adquirido un estatus heroico y mártir por su desempeño durante el *Great Trek* y la segunda guerra Anglo-Bóer, jamás se enfrenta con el hombre. El discurso afrikáner de unidad, a pesar de la heterogeneidad que presenta este grupo, se sustenta en el desarrollo de una ideología nacionalista cuyo punto de referencia central fue el discurso de diferenciación de razas y naciones. Para la autora, el *Afrikanerdom* desarrolló una ideología que unificaba a ricos y pobres, débiles y fuertes, vulgares y sofisticados. Pero, más allá de esta ideología, la *Afrikanerdom* también produjo meca-

nismos organizacionales para afianzar la unidad dentro de los diversos grupos de esta comunidad. La iglesia fue otro factor de unidad importante en la conformación de la *Afrikanerdom*, e implicó los valores a ser preservados en la misión divina que tenían asignada como pueblo elegido. Por último, el papel de la educación contribuyó a la construcción de la postura heroica del *Afrikanerdom* a partir de la construcción de la narrativa histórica que acentúa el carácter divino del destino afrikáner y determina lo que debe ser un verdadero afrikáner, definido por el ardiente patriotismo, el fuerte sentimiento religioso, la devoción al lenguaje, el sentido de experiencia histórica común e integridad racial.³¹

Podemos sostener que en la construcción y representación de la identidad nacional siempre se vinculan varias formas de definición comunal, fundadas sobre una marcada definición entre un “nosotros” y los “otros”, por lo que la narrativa nacionalista se constituyó como el discurso legitimado de afirmación tanto de la identidad como de la nacionalidad.

El concepto de nación se forjó a partir de las ideas de la modernidad. La “nación moderna”, de esta manera, reprodujo prácticas de orden y dominio. Estas prácticas se orientaron hacia la clasificación, el ordenamiento, la taxonomía y la reválidación de normas a ser impuestas. Dichas normas implican, por lo tanto, una homogeneización, ya que la nación, inevitablemente, ha producido discursos que pueden ser pensados como una extensión del orden colonial. Discursos que, en general, se han construido sobre descripciones estereotipadas para conformar la narración nacionalista que en realidad vuelve a reproducir prácticas de orden y dominio, es decir, las nuevas normas que regirán el mundo y los nuevos modos de percibirla. Entonces, no sería arriesgado pensar la identidad como una metáfora conceptual y la narrativa nacionalista como la proyección de ésta en la lengua. La metáfora conceptual se conformaría desde el aparato ideológico compartido por todos los miembros de una cultura para permitir una correspondencia entre la estructura del dominio que se está tratando de com-

³¹ Annette Seegers, “Towards an Understanding of the Afrikanerization of the South African State” en *Africa*, 63 (4), 1993, pp. 479-484.

prender (la identidad) y el dominio que se utiliza para comprenderlo (la narración nacionalista). Y, entonces, podemos finalizar esta reflexión, en torno a la construcción de las narrativas nacionalistas y la identidad afrikáner, desde una metáfora hallada en las palabras de Jorge Luis Borges: “Cuando se acerca el fin, escribió Cartaphilus, ya no quedan imágenes del recuerdo; sólo quedan palabras. Palabras, palabras desplazadas y mutiladas, palabras de otros, fue la pobre limosna que le dejaron las horas y los siglos”.³²❖

Dirección institucional del autor:
Centro de Estudios de Asia y África
El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.

Bibliografía

- AMIN, Shahid (1995) *Event, Metaphor, Memory. Chauri Chaura 1922-1992*, Berkeley, University of California Press.
- ANDERSON, Benedict (1993) *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BAJTÍN, Mijail (1984) *The Dialogic Imagination: Four Essays*, Austin, University of Texas Press.
- BARTHES, Roland (1998) *El placer del texto y Lección inaugural*, México, Siglo XXI Editores.
- BORGES, Jorge Luis (1992), *El Aleph*, México, Alianza Editorial.
- BUNTING, Brian (1969) *The Rise of the South African Reich*, Gran Bretaña, Penguin Books.
- DU TOIT, Brian (1970) “Afrikaners, Nationalism, and Apartheid”, en *The Journal of Modern African Studies*. Cambridge, Cambridge University Press, 8 (4), pp. 531-551.

³² Jorge Luis Borges, “El inmortal”, en *El Aleph*, Alianza Editorial, México, 1992, pp. 7-28.

- HALL, Stuart (1997) "Cultural identity and diaspora", en Mongia, Padmini (ed.), *Contemporary Postcolonial Theory*, Londres y Nueva York, Arnold.
- HYSLOP, Jonathan (1995) "White Working-Class Women and the Invention of Apartheid: 'Purified' Afrikaner Nationalist Agitation for Legislation against 'Mixed' Marriages, 1934-1939", en *Journal of African History* 36, Cambridge University Press, pp. 57-81.
- JAMESON, Fredric (1981) *The Political Unconscious Narrative as Socially Symbolic Act*, Ithaca, Cornell University Press.
- SAID, Edward (1993) *Culture and Imperialism*, Nueva York, Alfred A. Knopf.
- SEEGERS, Annette (1993), "Towards an Understanding of the Afrikanerization of the South African State", en *Africa*, 63 (4), pp. 477-497.
- WORDEN, Nigel (1994), *The Making of Modern South Africa. Conquest, Segregation and Apartheid*, Cambridge, Blackwell.